

# Una eterna ilusión

## ELDORADO

CUANDO Sebastián Belalcázar, teniente Gobernador de Quito, andaba organizando la nueva colonia por tierras que el Emperador Atahualpa había heredado de su madre, presentósele cierto día el capitán D. Luis Daza con un indígena de traje y lengua desconocidos en aquel imperio que acababa de hundirse. Según su relato—que nos trascribe el P. Bayle—, era miembro de una Embajada que vino al Inca en demanda de socorro; los embajadores perecieron en la tarde fatídica de Cajamarca, y el indio peregrino, único que salvó la vida, tornaba a los suyos cuando los españoles repararon en él, más que por su traje y lengua, por las maravillas que de su tierra le oyeron. La cual estaba muy al norte, más allá de los Pastos, y se decía Cundinamarca; abundaba en oro sobre toda ponderación; y en prueba de ello refería la costumbre de arrojar sus caciques joyas y piezas de oro por manera de sacrificio en una laguna, donde el señor principal se zambullía cubierto enteramente de oro molido.

A quienes acababan de ver en las nuevas tierras las suntuosidades de los templos y palacios incásicos, el más grande y arriesgado de los obstáculos había de parecerles un camino llano. ¿Por qué no iba a ser verdad lo que contaba el indio? Necios ellos si permanecían en Quito, tierra hermosa, pero sin granos de oro.

Desde entonces, y por tres siglos largos, la fama de *el hombre dorado* fué comidilla e ilusión de todos, plática en salones y tinelos, y acicate de aventureros y desocupados, atraídos por aquella ilusión de encantamiento. No hubo, entre tantas como se vieron en el Nuevo Mundo, empresa que mejor probara el temple de los conquistadores, que jamás se quebró ni en los fracasos, al ver que aquella ilusión soñada era un terrible desastre donde se hundían ejércitos, se malbarataban riquezas y desaparecían los hombres esforzados.

Fernández de Oviedo, en su *Historia de las Indias*, nos da la descripción más exacta de aquella clara ensoñación: "Preguntando yo por qué causa llaman a aquel príncipe el cacique o rey Dorado, dicen los españoles que en Quito han estado e aquí a Santo Domingo han venido, que de lo que desto se ha entendido de los indios es que aquel gran señor o príncipe, continuamente anda cubierto de oro molido e tan menudo como sal molido; porque le parece a él que traer otro cualquier atavio es menós hermoso, e que ponerse piezas o armas de oro labradas a martillo, o estampadas, o por otra manera es grosería e cosa comun, e que otros señores e príncipes ricos las traen cuando quieren; pero que polvorizarse con oro es cosa peregrina, inusitada e nueva e mas costosa, pues lo que se pone un día por la mañana se lo quita e lava en la noche, e se echa e pierde por tierra. E esto hace todos los días del mundo. E es hábito que, andando como anda de tal forma vestido o cubierto, no le da estorbo ni empacho ni se encubre ni ofende la linda perfeccion de su persona, de que él mucho se precia, sin se poner encima otro vestido ni ropa alguna. Yo querria mas la escobilla de la cámara deste príncipe que no la de las fundiciones grandes que de oro ha habido en el Peru. Así que este cacique o rey dicen los indios que es muy riquísimo e gran señor, e con cierta goma o licor, que huele muy bien, se unta cada mañana, e sobre aquella uncion asienta o se pega el oro molido o tan menudo como conviene para lo que es dicho e queda toda su persona cubierta de oro, desde la planta del pie hasta la cabeza, e tan resplandeciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de un gran artífice."

La exacta verdad del mito es breve de narrar. El territorio de los muiscas, encaramado en la cordillera de Cundinamarca, está salpicado de lagunas, que para los indígenas fueron sagradas, y en las cuales,

como ofrenda a sus dioses, arrojaban muchedumbre de joyas, esmeraldas y piezas de oro. De tales lagunas corresponde el primer lugar, por su veneración, a la de Guatavita, en un páramo a tres mil metros sobre el nivel del mar. No lejos se hallaba la capital de los zipas y su cacique, magnífico y devoto, celebraba el baño ritual

como un gran espectáculo, que atraía innumerables gentes. El día señalado, cubiertas por la muchedumbre las faldas de las colinas que rodean la laguna, "asomaba el cortejo del cacique, rudo y aparatoso; delante, los nobles que barrían el camino, gayamente coronados de plumas, ceñidas piernas y brazos de ajorcas, y al pecho las chaguala so patenas de oro; detrás, los músicos, con sus fotutos y tambores, y en medio de la escolta, que en la izquierda empuñaba el arco y en la derecha suspendía la macana de la muñeca, el cacique, sentado en su palanquín forrado de oro y plumas, tachonado de esmeraldas. Los rayos del sol reverberaban en su cuerpo resplandeciente, y cubierto de oro molido que, soplándolo por canutos, habían desparramado sobre la untura de trementina.

"Ya espera en la orilla una balsa con multitud de joyas y esmeraldas; cuatro mohanes o sacerdotes quemán resinas olorosas en los cuatro ángulos de la embarcación, que, apenas recibido el cacique, empujada por los remos, parte hacia el medio de la laguna. Llega la comitiva a un punto donde se cruzan dos cuerdas tendidas perpendicularmente de orilla a orilla; el gentío enmudece y torna la cabeza a otro lado para no profanar con los ojos el misterio de la ceremonia, y el cacique, de un salto, se zambulle en las aguas, mientras joyas de oro y esmeraldas, la ofrenda oficial que iba embarcada, y la que la devoción pone en manos de los indios, chapotean al caer en el lago. Cuando el cacique sale a la superficie, su cuerpo tiene el color natural cobrizo; el oro que lo cubría y adornaba se desprendió con el baño en honra de la deidad."

La noticia se dispersó a través de miles de bocas, cobrando al transmitirse matices diferentes. Pero ¿hacia dónde caía aquel reino cuajado de montones de oro y qué rey o príncipe le gobernaba? La Poesía ha dicho que era

"Over the mountains of the moon  
Down the valley of the shadow";

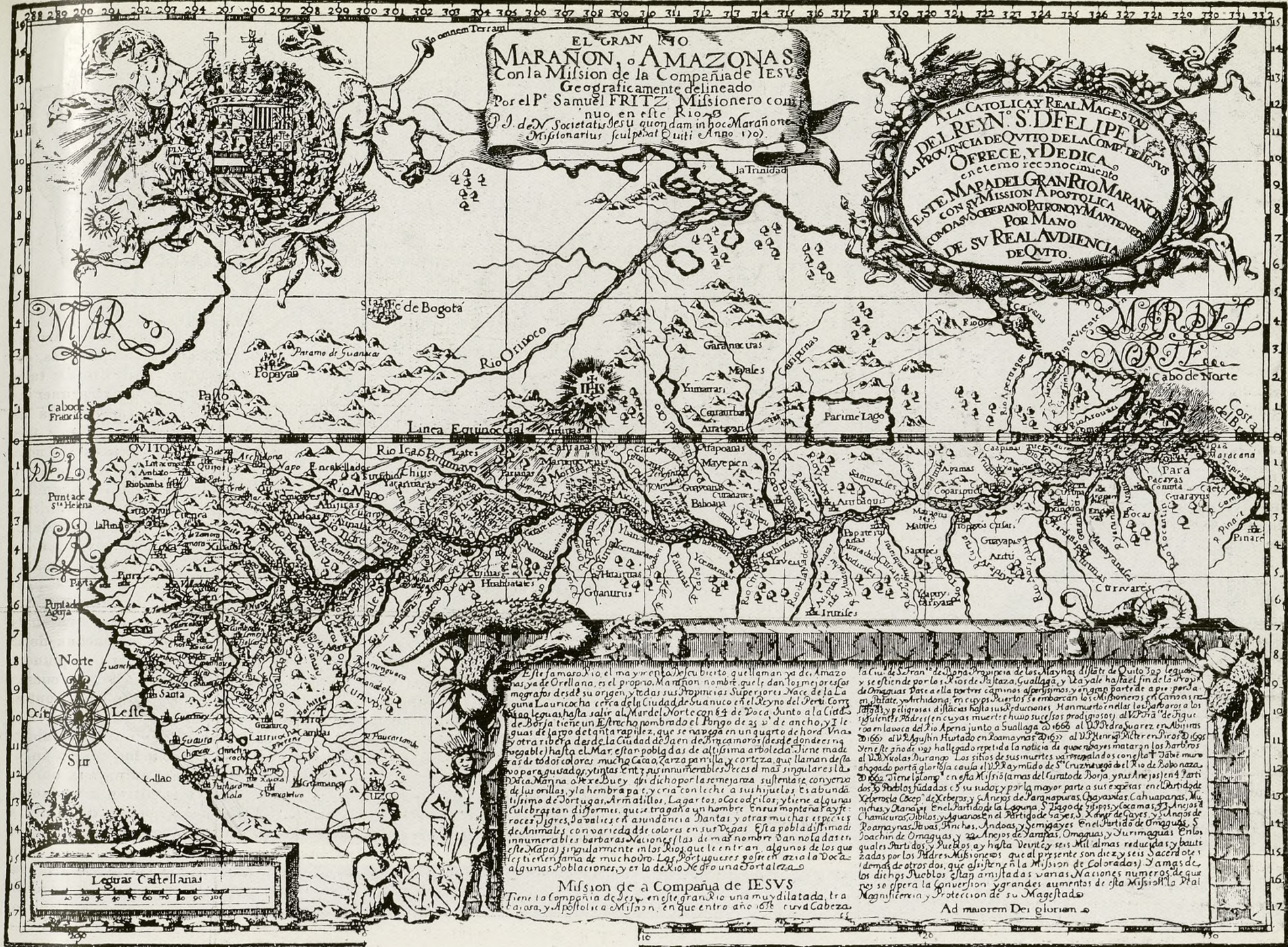
pero la Historia y la Geografía difícilmente contestan a la pregunta. "Las infinitas selvas que formaban el océano de verdura desde Venezuela al Chaco servían de escondrijo al Rey y ciudad de los ensueños; y cabalmente, porque escudriñar las revueltas de sus ríos y las marañas de sus bosques superaba las diligencias más heroicas, cada conquistador acogía la esperanza de dar con él, siguiendo otro rumbo del que llevaron sus antecesores. La primera señal, la de Cundinamarca, que el indio dió en Quito, pronto se echó fuera; y desde luego se descontaron las regiones pobladas por los españoles, incluso Guatavita; quedaban los misterios de la selva, los repliegues inaccesibles de las montañas, y por ellos echaron a andar los Quijotes de la fantasía, y como el campo era infinito, nunca faltó un rincón inexplorado, un reducto donde abroquelarse las esperanzas."

Tras semejante ilusión fueron los más y a veces los mejores, y corriendo de unas partes a otras, en pos de El Dorado saldrá a relucir toda la inventiva de que es capaz la mente humana, con el cortejo de las amazonas, los gigantes y los chiquitos, todo aquello que mueve siempre la fantasía de quien quiere escapar del cotidiano quehacer cuando va en busca de una riqueza. Unos situaban el reino en la Guayana; otros, en el lago Parima, lindante con la línea equinoccial, de la otra

Capital de Eldorado, en las bocas del Orinoco.







Mapa del Amazonas y las provincias de Eldorado.

parte del río de las Amazonas, o, como el Padre Acosta, cerca del río Tapi, al norte de aquel río. Y es que El Dorado no es ya la persona, sino una tierra rica a la que marcharan todos embebecidos en la persecución de un duende, recorriendo las regiones más extensas, más salvajes e inhospitalarias del Nuevo Mundo, por caminos que, después de ellos, jamás ha vuelto a pisar planta de hombre civilizado.

¿Quiénes fueron ellos, el gran séquito que trabajó a su costa, con unas pocas ballestas, arcabuces, coseletes, celadas, amén de la correspondiente espada y daga? Son los hidalgos y encomenderos ricos que en la plácida posesión de sus chacaras añoraban las emociones duras de la conquista; eran los chapetones que no se habían estrenado en aventuras; los soldados viejos que llegaron tarde al reparto de encomiendas; los hartos del regodeo menudito en los pueblos de indios; los que debían hasta la capa, y los que acostumbrados a la libre soldadesca vivían en apreturas dentro de la paz. A la cabeza de éstos fueron un Quesada, un Gonzalo Pizarro, un Orellana, un Federmann, un Pedro de Ursua y un Lope de Aguirre, y un von Hutten, que nada descubrieron sino nuevos meridianos y nuevos lugares que bautizar con nombres españoles.

El geógrafo Manuel Uribe ha descrito el camino que más o menos todos recorrieron: "La vereda que debían trillar estaba erizada de enormes dificultades y obstáculos naturales: serpientes, jaguares, mosquitos, bosques, abrojos, humedad, fiebres, soledad, intemperie, cenagales, lodo, grandes ríos, espinas de guadua, calor insoportable en los valles, frío glacial en las alturas, lluvias constantes y torrenciales, atmósfera sombría, truenos, tempestades, indios canibales, saetas envenenadas, lanzas, mazas, hambre, desnudez, cuestas, pendientes, abismos y una naturaleza, en fin, enemiga y hostil para todas sus facetas. Todo esto, y aun más, había, y todo fué vencido por el tenaz heroísmo de aquellos hombres de corazón entero y voluntad inquebrantable."

A las expediciones de aventureros siguieron las de los científicos, sin mejor resultado. En el siglo XVIII, un cronista, fray Antonio Caulin, afirmaba que "cerca de la laguna había un cerco muy vigilado por los indios que los caribes llamaban Acucuano y los españoles "Dorado", porque estaba cubierto de arena y piedras que brillan como oro y que está lleno de mineral", que era lo mismo que años antes dijera Walter Raleigh de un

viaje del Perú, describiendo una montaña de oro y hombres monstruosos y una legendaria ciudad llamada Macao. Hasta D. José Oricain, en 1790, continúa pintando al famoso rey en unos cerros "que siguen desde Vilcabamba, con arroyos y ríos que arrastran sumas de oro en sus arenas".

La antigua ilusión ha rebrotado hoy con más altas miras. La expedición que desde tierras del Perú ha organizado el comandante de Aviación Juan Heysen para localizar El Dorado en el cerro Angaisa, del departamento de San Martín, nos trae otra vez ese fantasma ilusionador, mas no ya para extraviar y perder a sus seguidores, como en tiempos de "los pecadores cristianos", al decir de Oviedo, sino para orientarse en el camino de las investigaciones históricas. Aquella vieja ilusión de las narraciones del indio de Latacunga, convirtiéndose después, por obra de la civilización y de la cultura, en verdades que fueron símbolo de las incalculables riquezas de estos territorios de América. El Gobierno peruano ha decidido seguir la pista del viejo mito y ha organizado una expedición integrada por miembros del Ejército y formada por una escuadrilla de aviones a las órdenes del general Francisco Sales. Otra, compuesta de soldados y hombres de ciencia, se dirige por tierra al cerro Angaisa, y hoy, como antaño, las gentes siguen emocionadas sus progresos en la esperanza de encontrar los soñados tesoros o la verdad de una negación clásica que también será meditación sobre las humanas esperanzas y vanidades. Hoy cabalgan por tierra y aire a través de sendas desconocidas un puñado de hombres a quienes dan sombra acogedora una pléyde de otros tan extraordinarios que pusieron su nombre en la Historia americana con letras de oro y sufrimiento...



El Licenciado Gonzalo Ximenes de Quesada descubrió el nuevo Reino de Granada.

S. M.